

Sánchez Alber, Cosme (2021). *Desinserciones y lazo social. Una práctica orientada por la singularidad*. Barcelona: Editorial UOC. 121 pp. ISBN: 978-84-9180-832-9

Cosme Sánchez es trabajador social y coordina un centro de día para personas en situación de exclusión social de la red asistencial de Bizkaia. Trabaja, por tanto, con personas que habitan los márgenes del vínculo social y lo hace desde una posición ética y profesional poco frecuente. Este libro relata, a partir de una experiencia compartida junto a otros, cómo se construye y sostiene esa posición profesional.

Nos hallamos ante un ensayo breve que, sin embargo, no permite una lectura rápida. En realidad, se trata de un libro-herramienta, especialmente útil para profesionales de la educación y el trabajo social, tanto por su profundidad teórica, como por su claridad práctica a la hora de entender qué significa acompañar y sostener unas vidas en crisis, confusas e inadaptadas sin pretender normalizarlas.

“¿Por qué una orientación para una práctica?”, se pregunta el autor. La respuesta no es obvia, puesto que se trata de poner cierta distancia entre el encargo institucional e, incluso, la función ideal de la praxis profesional respecto a “la tarea de acompañar cada situación particular” (p. 22). Se trata, por tanto, de hallar una orientación que nos permita ser sensibles a la singularidad de cada sujeto en una época en la que, aquello que se impone, es un “empuje a la homogenización”, al control y a la segregación de la diferencia. En efecto, gran parte de las prácticas que se desarrollan en el campo profesional de la acción social están siendo colonizadas -tal y como afirma el autor-, por “la producción masiva de normas y protocolos (...) que no dejan lugar, ni tiempo ni espacio para acoger la singularidad, el malestar o la palabra de cada persona” (pp. 22-23). ¿Acaso las condiciones de entrada en numerosos servicios de atención social no dependen de valoraciones técnicas que exigen el cumplimiento de un sinnúmero de requisitos que dejan fuera o acaban por expulsar a muchas personas que no reúnen el perfil o no se adaptan al programa institucional? Cosme Sánchez nos advierte de ello, mientras reivindica prácticas y servicios menos normativizados, capaces de “acoger la diversidad de posiciones subjetivas que se dirigen a nosotros” para que “cada sujeto pueda inventar la manera de ocupar un lugar en el mundo y habitar recorridos posibles” (p. 34). Para que esto sea posible, hacen falta profesionales que, como el propio autor, sean capaces de dar el valor que merece la palabra de cada sujeto.

En este libro, que contiene numerosas viñetas, se nos enseña cómo hacerlo.

Cosme Sánchez extrae los ejemplos más ilustrativos del trabajo con la locura, y lo hace rompiendo con la lógica segregativa que domina hoy muchos servicios ambulatorios y comunitarios. Su punto de partida se aparta de la concepción organicista de la enfermedad mental como “algo que hay que curar o extirpar” (p. 45). Por el contrario, muestra experiencias basadas en “acompañar a cada persona en la búsqueda de soluciones diversas, caso por caso” (p. 45). Ayudar a un sujeto pasa, pues, por apoyar las soluciones que él mismo pueda inventar, aunque estas se sitúen “fuera de las normas” y, sobre todo, fuera de lo que creemos saber del otro. Esta es una de las tesis fundamentales del libro, y es que el autor reivindica otra relación con el saber y la ciencia por parte de las disciplinas que sustentan los oficios del campo social.

Convenimos con él al señalar la necesidad de recuperar los “cuerpos teóricos fuertes” que constituyen nuestros oficios como una forma de resistir a “los efectos mortificantes que el furor evaluador y las burocracias producen en nuestras prácticas” (p. 74), fruto del avance de las tecnociencias. Y es que la cultura tecnocrática, muy presente hoy en la gestión de la pandemia, no solo ha redefinido el campo científico y, por tanto, las condiciones de producción y transmisión del conocimiento, sino que, en su alineamiento con el poder, ha contribuido a desplegar, en nombre de evidencias científicas presuntamente sólidas, políticas sociales basadas “en el control capilar de las poblaciones de riesgo” y la creación de categorías sociales “peligrosas”. ¿Qué impacto supone todo ello en los modelos de trabajo en el campo social? Cosme Sánchez lo señala con claridad. Los profesionales pasan a convertirse en una suerte de “gestores del riesgo”, encargados de “revisar, aplicar y evaluar a los sujetos en función de los protocolos estandarizados y el proceso informático de los datos” (p. 75).

La reflexión que lleva a cabo el autor en torno a este corte epistemológico nos parece del todo oportuna, sobre todo en unos tiempos en los que se percibe una fascinación acrítica por las prácticas basadas en la evidencia y el gobierno de datos. Además, abre una serie de interrogantes que no podemos ignorar. No los pueden ignorar, sobre todo, aquellos que, desde la universidad, se ocupan de la formación de futuros profesionales, puesto que, entregados a la ilusión cientificista, son los que construyen los nuevos paradigmas de la intervención social. Cuando se pretende descomponer la práctica profesional en elementos contables, cuantificables y verificables, ¿no se

está abriendo el camino a la desprofesionalización de los agentes sociales? Una desprofesionalización a la que también contribuye la maquinaria burocrática que ha colonizado el campo profesional. “Demasiada gestión mata lo social” –dice el autor–, y los primeros en anunciar esa muerte son los propios profesionales, que ven cómo se va perdiendo poco a poco el sentido de su trabajo bajo una nube de datos y los requerimientos cada vez más apremiantes de la gestión de aplicativos y expedientes. ¿Cómo revitalizar, entonces, una práctica que permita a los profesionales hacerse responsables de sus actos e interrogarse sobre su saber sin esconderse o quedar borrados por los protocolos, las herramientas estadísticas y los aplicativos de gestión de riesgos que son, hoy por hoy, los mecanismos de autoridad con los que se justifican las intervenciones que deben llevarse a cabo en el campo social?

Urge encontrar una brújula en el trabajo con el otro, y el autor la ha hallado en el trabajo en red, “organizando espacios para hablar y pensar juntos, lugares donde circule la palabra, tanto la del sujeto al que acompañamos como la de los diversos profesionales y disciplinas que concurren en esta labor” (p. 89). Para ello, sigue el modelo que expone José R. Ubieto, quien prologa el libro, en *La construcción del caso en el Trabajo en Red* (Editorial UOC, 2012), a partir de la conocida experiencia que se lleva a cabo a través del programa Interxarxes de la red de atención social de Barcelona. El objetivo es adaptar la red institucional a la singularidad de cada demanda. Las conversaciones sobre los casos, “la construcción del caso en el trabajo en red”, es lo que permite introducir otra lógica, la lógica de la singularidad. Para ello, hay que otorgar otro lugar al saber, un saber que no está de entrada, que no puede ser prescrito, sino que debe ser elaborado a partir del encuentro y la palabra de cada uno. Se trata de sostener una posición de *no-saber* sobre el sujeto, a la contra de las clasificaciones y las etiquetas diagnósticas, de los destinos preestablecidos, a fin de “producir un saber nuevo, colectivo, que pueda orientarnos

en el trabajo con cada una de las personas que atendemos, una por una, caso por caso” (p. 90). Ante el alud de datos descontextualizados, los rigores de los protocolos y las supuestas evidencias científicas, crear dispositivos de conversación para discutir y pensar los casos con otros desde el encuentro interdisciplinar, elaborar un saber desde la interrogación; sostener, en definitiva, un acto del que poder hacerse responsable, sin dimitir.

Una apuesta de este tipo requiere “un método y un tiempo para pensar” (p. 93), fijar un espacio de encuentro presencial que permita un trabajo continuado, con reuniones periódicas y organizadas a fin de construir cada caso teniendo en cuenta las posiciones de unos y de otros. En este espacio, que no se reduce a una simple coordinación entre servicios, cada profesional puede preguntarse qué puede aportar, qué función puede llevar a cabo desde su servicio de atención en colaboración con el resto de profesionales de la red. Lo importante es que cada uno pueda sentirse interpelado ante los interrogantes que abre cada caso, e inventar así, junto a otros, respuestas inéditas que abran el campo de posibilidades de la intervención profesional. Este trabajo permite también pensar las instituciones de otra manera, “tratar la red” –como dice el autor–, es decir, “adaptar los servicios a las personas, y no al revés” (p. 107); entender que, en realidad, es cada persona quien construye su propia red “en función de sus necesidades, encuentros y transferencias” (p. 107). Este punto supone una posición ética fundamental. La red no preexiste, sino que se construye de acuerdo a las demandas de cada caso. Es a partir de estas demandas que los profesionales son conminados a ocupar un lugar en la red, atendiendo “las necesidades de un sujeto que es responsable” y puede comprometerse porque hay Otro capaz de sostenerlo a través de actos compartidos con otros profesionales.

Jordi Solé Blanch

Universitat Oberta de Catalunya